



NÚM. 6.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 56 rs.; un año 72 rs.

17 DE FEBRERO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO; tres meses 30 rs.; seis meses 5 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

## THORVALDSEN.

### I.

Thorvaldsen, este famoso escultor, este hombre feliz entre todos los artistas, y cuya vida es una continuacion de alabanzas y de encantos, nació en Copenhague, donde su padre ejercia el oficio de tallista.

Era ántes costumbre en toda Europa, que todo constructor de un buque adornase su carena con una estatua de madera de encina, representando algun santo ó algun héroe de leyenda; y bajo la invocacion de este protector celeste, el nuevo bajel hendia los mares. Era un mal presagio la negligencia ó la avaricia del armador que prescindia de este ornamento necesario; el recién-nacido del Océano, privado de su padrino, hubiera inspirado ménos confianza á sus fletadores, y hasta tenido dificultad en encontrar marineros que en él quisieran afrontar las tempestades.

Se dice de un escultor de este género en Dunkerque, de un llamado Elchoët, que habia representado en las proas todos los santos del calendario, que enia un gran depósito de



Jóven veneciana.

ellos, y á quien la revolucion francesa arruinó, aboliendo estas imágenes, que se ostentaban, relucientes de barniz, bajo sus coronas de oro. Desde entónces acá, apenas se vé, de cuando en cuando, una ninfa, un triton ó una serpiente marina debajo de algun bauptés.

En el taller del padre de Thorvaldsen, áun esta escultura grosera era un gran honor. El padre y los hijos vivian de estas piadosas dedicatorias. Pero en ellas empezó á comprender el hijo mayor, trabajando con el tosco formon el pié de San Pedro ó la mano de Santa Catalina, los primeros misterios de ese gran arte que nació en la Grecia, feliz y triunfante en los tiempos de los dioses y de los héroes.

La escultura es un arte que se relaciona con la gloria y con la creencia, como con la belleza. Apolo, Vénus, el pastor troyano, Minerva, Aquiles, Ajax, Helena y el divino Patroclo, han enseñado la escultura á esos semidioses que se llamaban atenienses. Desde el país del sol y de la dorada luz, el gran arte se dirige á las regiones glaciales; pero léjos de su patria, y cubierta de niebla,

la escultura ha perdido una parte de su gracia y de su encantadora fecundidad.

¡Ah! ¡Qué distancia no había, para Thorvaldsen, desde el taller de su padre, el carpintero, al taller de mármoles llamado Canova... el Canova de Mad. Re-camier, de la reina de Nápoles, y de aquella otra reina que llevaba ligeramente el nombre de Borghese y que permanecía en él completamente desnuda, un día que *hacia mucho calor*, como ella supo bien responder á otra grave dama, que se admiraba de su complacencia. Hacia, en efecto, mucho color; el artista era muy hábil, y el mármol llegaba en línea recta, impregnado por el perfume de un sendero de rosas, de las ruinas de Tébas ó de Memphis. En estas circunstancias, ¿cómo negar al artista un modelo ilustre?

Sin embargo, cuando Thorvaldsen hubo tallado sus primeras vírgenes entre el hielo, y su primer Cristo con el abeto del Norte, en pleno invierno, un niño de cabellos rubios, vino á llamar á la puerta de la academia de Copenhague, donde algun buen maestro enseñaba á los jóvenes daneses las reglas eternas.

Nacidos de un pueblo inocente, estudioso, valeroso y robusto, los jóvenes daneses aportaban grandes cualidades á su estudio, á su tarea de cada día. ¡Nada de enfasis! Por el contrario, una sincera modestia.

Una vez en la escuela, el joven Thorvaldsen era el último en el catecismo, y un cura (que leía la *Gaceta Alemana*) le dijo:

—Hijo mío, ¿sereis acaso hermano de ese joven escolar que acaba de obtener el gran premio en la academia?

—Padre mío, soy yo mismo, respondió el niño lleno de confusion.

—Siendo así, *señor Thorvaldsen*, dijo el sacerdote, no estais en vuestro puesto; hacednos el honor de pasar á la primera fila.

Thorvaldsen hubiera querido abrazar al digno catequista: estas palabras alentadoras, «*señor Thorvaldsen*» resonaron hasta el fin en los oídos de viejo cubierto de alabanzas y colmado de honores.

El primer triunfo del joven Thorvaldsen le recomendó á las bondades de la academia danesa, que fué una madre cariñosa y atenta para su hijo adoptivo; le siguió en todo el trabajo de su juventud, y tan pronto como llegó á la edad en que los maestros han conquistado un puesto bajo el sόlo del arte, le abrió sus puertas de par en par.

El, sin embargo, aceptó todas estas bondades como una deuda que se le pagaba. Tan pronto como su primer celo se debilitó, se abandonó, como lo hubiera hecho un italiano, á la dulce ociosidad de la juventud. Al ver que meditaba, revolcándose en la arena, no se hubiera dicho jamás que iba á ser, ántes de poco, el artista más laborioso y el más ocupado de este bajo mundo.

En este momento nada parecía complacerle ni interesarle; él lamentaba despues el tiempo en que, pasando por la plaza Real con otros pilluelos de su especie, se hizo subir por ellos sobre el caballo de bronce de la estatua del rey Cristian, abatiendo la envidia á sus piés. De aquella altura, de la cual no se atrevia á bajar, el niño llamaba en su ayuda... y vió llegar á los gendarmes, que le arrancaron de su pedestal y le hicieron pasar la noche en la cárcel.

En esta tierra ingrata para la inspiracion, y por tan largo tiempo rebelde á las bellas artes, los jóvenes laureados de la academia apenas habian oido hablar de Homero y de Apolo. La Biblia era toda su Iliada; no conocian otros modelos que las vírgenes y los mártires. La desnudez les espantaba en un invierno que desquebrajaba las rocas; y cuanto más amaban al héroe de su eleccion, más querian que su manto fuese de buena tela y forrado de ricas pieles.

Sin embargo, al primer rayo de sol meridional, estos hijos de las escarchas y de las nieves comprenderán la gracia y la belleza de la luz que arde en las cumbres del Ida. En vano el génio del Norte hace

pesar sobre un talento joven su mano de hierro: llega la hora en que toca su vez al Olimpo.

## II.

En los primeros dias del mes de Mayo de 1796, el joven Thorvaldsen se embarcó en el *Thetis*, para el cual su padre habia hecho la imágen; fueron á Nápoles, tocando en Málaga y en Argel, y naturalmente se detuvieron en una isla, olvidada hoy, célebre entonces y omnipotente por sus vicios y por sus armas. «*Está muerta en medio del mar*,» decia el salmista. Se diria, al oír hablar así, que se trataba de la isla de Malta, que esperaba aún á su vencedor, al que debia tomarla atravesando las complacientes olas que la rodeaban.

En esta antigua ciudadela, donde brotaba á cada paso una historia, el joven artista no vió más que claras mañanas; no oyó más que músicas paseadas sobre barcas de recreo. En todo su viaje no hablaba con nadie, y nada le interesaba; tenia por único compañero á su perro *Héctor*. ¡Héctor! este nombre era todo lo que sabia de los poemas de Homero.

Despues de muchas semanas de esta vida errante, abordó por fin bajo el bello cielo de Nápoles, brillante con sus millares de luceros. ¡Nápoles, la ciudad de las obras maestras, donde las obras maestras salian de debajo de la tierra! ¡Y estas maravillas surgian vivas de ciudades que estaban muertas despues de siglos! En Nápoles experimentó, por fin, alguna admiracion; en Roma se encontró trasportado de alegría; mira, y no comprende lo que vé; pero sabe que es necesario admirar, y su lenta admiracion no tiene límites. Era evidentemente un joven que todo lo ignoraba, pero hábil para comprenderlo todo. No sabia la primera palabra de la vida y de la obra excelente de los antiguos pueblos; mas tenia la paciencia, se sentia dominado y vencido por los antiguos y por los modernos; y, sin embargo, cuando llegó á Roma, el arte moderno era un arca cerrada para él; ignoraba lo mismo á Miguel Angel y á Rafael, que á Zeuxis y Praxíteles. ¿Os reis?

Pues no os riáis: esta es, sobre poco más ó ménos, la historia de todos los laureados de academia: ignorantes en el siglo XIX en París, casi tanto como lo eran en Copenhague en los últimos dias del anterior. El gran pintor Eugenio Delacroix, cuando expuso su maravilloso *Asesinato de Scio*, solicitado por muchos jóvenes para que abriese una escuela, dijo:

—Sí, con mucho gusto; pero á condicion de que vosotros aprendereis la historia del reinado de Pericles y del siglo de Leon X.

La condicion pareció dura á estos jóvenes, y tan poco respondieron al deseo del maestro, que cerró su escuela, apenas abierta, y marchó solo por su camino. «No es permitido, decia Bossuet, ignorar el género humano.»

Mientras que el joven Thorvaldsen andaba con paso tan reservado por estas claridades nuevas de las grandes ciudades llenas de bellas artes, Bolonia, Scienna, Rímimi, Pádua, Florencia, Verona y Perusa y todas las antigüedades de la gran Grecia, que se llamó despues de tan poco tiempo el reino de Nápoles, sentia á cada paso nacerle la inteligencia con la conviccion. Despues de haber admirado los sepulcros de Pompeya y las antigüedades de Herculano, al salir de la galeria del palacio Magnani, pintado en Bolonia por los Carrache; en una palabra, cuando hubo comprendido y adivinado tantas bellezas, grabadas más tarde por los maestros Milleri, Cochin, Belliard, Leverton, Donaisson, Hubert, Goltzius, Audebourt, Bouchat y Francisco Piranesi, se detuvo un instante para darse cuenta exacta del estado de estas grandes ciudades.

Por entónces, la revolucion francesa empezaba sus milagros. Italia, y Roma con ella, se sometian temblorosas al dominio de Bonaparte. Hubo un dia en que el conquistador se puso á despojar al Vaticano de sus obras maestras; y este dia, por primera vez,

el joven Thorvaldsen sintió en su alma una irritacion profunda. Nunca habia amado tanto las grandes obras, como en el momento de perderlas; se inclinaba ante las maravillas que comenzaba á comprender; le parecia que, despues de aquel despojo injusto, Roma estaba desierta. En fin, su disgusto fué tan vivo, que quiso decididamente volver á su patria. Nada le retenia ya en Roma, desde donde el Apolo y el Laoconte, encadenados al carro del vencedor, emprendian el camino del Louvre; de donde los bustos de Tácito y de Ciceron se iban á decorar una ciudad llena de guerra, de gloria y de esclavitud.

## III.

Partia, pues, cuando vió entrar en su estudio devastado á un aficionado inglés, llamado Tomás Hoppe, el cual, impresionado de la belleza de un yeso olvidado en un rincon, preguntó al artista por cuánto le reproduciria en mármol aquella composicion en que la gracia del Mediodía se mezclaba, aún indomable, con la rusticidad del Norte.

—Yo querria... seiscientos zequies, dijo el artista temblando.

—No es bastante, respondió el banquero: tendreis mil.

Estas aventuras de los artistas afortunados son raras, y esto es lo que constituye su belleza.

Este encargo y estos mil zequies fijaron en la entulada Roma a Thorvaldsen. Ya sea que su juventud le hablase, ya que la poesia antigua hubiese despertado súbitamente la pasion dormida, en una fiesta se enamoró de repente de una trasteverina de negros ojos; era una de esas bellezas vigorosas de que la mirada del artista no podia separarse. Bailó con ella, y le pareció encantadora, y al terminar el baile, pidió su mano á la hermosa romana. Ella respondió que partia al dia siguiente para Florencia con un prusiano llamado Udhen: M. Udhen se casaba con ella en Florencia.

—¡Oh! María, no te vayas! decia el artista.

—Pues bien, yo volveré, respondió la dama.

Y cumplió su promesa... abandonó á su marido por volver á buscar al artista que la amaba, y que se arrojó por ella á todas las imprudencias del matrimonio libre. ¡Imprudentes bodas! Pero esta fué la única imprudencia de Thorvaldsen.

(Se concluirá.)

Julio Janin.

Por traduccion, B\*\*\*

## LA MADRE.

La madre es el don de más precio que el cielo puede otorgarnos.  
SEVERO CATALINA.

Si es cierto, como se dice, que el amor constituye la vida moral de la mujer, la maternidad será necesariamente el centro de esa misma vida, el goce completo de todos sus encantos.

Que la mujer vive del corazon, es ya un axioma; que por él ejerce igual imperio que el hombre por la fuerza, nadie lo pone en duda; que la sensibilidad es su patrimonio, como el poder es el nuestro, todos lo afirman: sin embargo, su corazon no se abre del todo; su sensibilidad, su cariño, no se despliegan con toda su mágica influencia, hasta que puede estrechar en sus brazos al hijo de sus entrañas.

La hija, la amante, la esposa, podrán merecer nuestra alabanza, podrán excitar nuestra admiracion; pero la sublimidad la hallaremos no más en la madre.

La ternura, flor de la gloria, que, segun Fernan Caballero, sólo debiera existir en la eternidad, halla, no obstante, morada digna en el corazon de la que tiene hijos.

El cariño maternal es más vehemente que los otros cariños; es una locura, un frenesí.

Una madre renuncia á todos los placeres, arrostra todos los peligros por su hijo. «La más bella de las

virtudes, dice Mad. Staël, el sacrificio, es su alegría y su destino.»

En la naturaleza, como lo ha consignado un escritor italiano, no se encuentra un amor más tierno y más enérgico á la vez, más sólido y más afectuoso, más contrariado y más constante, más inquieto y más generoso, que el de una madre. Cuantas más inquietudes tiene por sus hijos, tanto más los ama; cuantos más dolores y trabajos le cuestan, tanto más afecto les profesa; cuanto más defectuosos son, tanta más compasión le inspiran.

La maternidad es el sacerdocio de la mujer; su ministerio es la paz, la dulzura y el amor; la madre, como el sacerdote, es objeto de la veneración, del cariño y la obediencia de los hombres.

El sacerdote une el género humano, y trasmite las creencias á los pueblos y á las generaciones; la madre une al padre y al hijo, y trasmite á su descendencia las virtudes y los dulces vínculos de la familia.

¿Veis esa mujer pálida y pensativa? Es la madre, que sigue con la imaginación al hijo de sus entrañas, que sufre en sus pesares, que goza en sus alegrías, y que, en premio de sus desvelos, sólo quiere una sonrisa infantil ó un juego inocente.

Y si la muerte le roba su hijo querido, esa mujer padece en la tierra un infierno de penas; su corazón baja á la tumba con aquel que amaba tan tiernamente; el recuerdo no se aparta jamás de su memoria, ni en el silencio de la noche dejan las lágrimas de humedecer sus mejillas.

Cuando una mujer es madre, ya no tiene más cariño que el de sus hijos, ni más ambición que su felicidad, ni más gloria que sus caricias. El mundo, para ella, se encierra en el objeto de su amor; y si vé amenazada su existencia, gime y padece, y se marcha, como las flores cuando el sol no les sonríe, cuando el rocío no las vivifica.

No hay sacrificio, por cruento que sea, que el cariño maternal, no imponga, así como tampoco hay crimen que no pueda sugerir.

La madre de los Macabeos vé morir á sus hijos, y les exhorta á que perseveren en su fé; sin embargo, cada golpe que los verdugos descargan sobre ellos, se siente en su alma y desgarran su corazón; pero ella sabe que el cielo está más allá del martirio, y sufre su muerte, porque obtengan la recompensa eterna, la felicidad sin fin.

Agripina no perdona medio alguno hasta ver el cetro imperial de Roma en manos de su hijo Neron, y cuando lo consigue, en perjuicio de Británico, sella su crimen con el envenamiento de su esposo Claudio, para que no pueda arrepentirse de tan extraña adopción.

Una esposa infiel, una hija ingrata, una amada perjura, las vemos todos los días; pero una madre que no ame á sus hijos no la vemos nunca; si existe, es un aborto de la naturaleza, un trasunto del reino de Satán.

El amor materno impone toda clase de privaciones, modera los deseos, trastorna las costumbres, muda los caracteres; el orgullo, la idea y la esperanza de la mujer es su hijo. Desde que se llama madre, se ha tendido un velo sobre su pasado; la indiferencia hiela al presente, y sólo el porvenir la halaga, sin que ella aspire para sí á ese porvenir que forjan sus ilusiones.

La madre sólo piensa en lo venidero; la esperanza es esencialmente la virtud de las madres.

Y cuando, en pago de su cariño, la mujer vé en su hijo un corazón desagradecido y vil, llora, oculta sus defectos, y acrecienta su amor á medida que él aumenta su ingratitud.

Gemir y esperar es el consuelo de las que tienen sus hijos extraviados.

Y si el llanto no desahogara su pecho y la esperanza las sonriera, morirían oprimidas por el pesar.

La ingratitud, en sentir de Ciceron, es un crimen aborrecible. El que es ingrato con un particular, tie-

ne sobre su cabeza el estigma de la reprobación; pero el que lo es con su madre, merece que la tierra se avergüence de alimentarlo.

Todo amor natural cede generalmente en determinadas circunstancias; el amor materno es siempre el mismo; tan constante como tierno, tan abnegado como activo y enérgico.

Por eso el Hombre-Dios, al consumir sobre el Calvario la obra de nuestra redención, no pudo, en su omnipotencia, hacernos mayor gracia que la de llamarnos hijos de su Madre.

Porque el nombre de madre resuena dulcemente en nuestro corazón, y hace brotar de nuestros ojos lágrimas de inefable dicha.

Porque el beso de una madre es el premio de nuestros trabajos, el descanso de nuestras fatigas, el alivio de nuestras penas.

Porque su llanto ablanda nuestro corazón, contiene nuestros labios, desgarran nuestra alma.

Porque, en fin, ella imprimió el primer ósculo en nuestra frente, nos alimentó con su propia sustancia, veló sobre nuestra cuna, arrulló nuestro sueño, bebió nuestros suspiros, y al contemplarnos en su regazo, era más feliz que en la posesión de todos los bienes terrenales.

¡Ah! ¡Bendito, sí, bendito el nombre de madre, que sólo puede inspirar sentimientos de ternura, de fé y de nobleza, que es augurio de felicidad, que es emanación del cielo!

¡Dichoso el que contempla en el mundo á la autora de sus días, que le comunica sus pesares, que atiende sus consejos, que es el báculo de su ancianidad!

¡Dichoso asimismo el que, habiéndola perdido, conserva su sagrada memoria como el objeto más caro de su corazón! El alma de su madre será su ángel custodio, atravesará los espacios que nos separan de lo infinito, guiará sus pasos por la senda del deber, lo llevará á la bienaventuranza...

La mayor felicidad del hombre es cerrar los ojos á la vida entre los brazos de su madre; el mayor consuelo es que su madre, al cerrarlos, le dirija la posterior mirada.

«La madre es el don más precioso que el cielo puede otorgarnos.»

E. de Villarroja.

## UN DRAMA EN EL ESPACIO.

### I.

Allá por los años de mil ochocientos cuarenta y pico tenía lugar en Barcelona un acontecimiento, verdaderamente *aerostático*, como que se trataba de un viaje en globo.

M. Arban, digno sostenedor de las teorías de *les frères Montgolfiers*, anunció en el *Diario* de la capital de los Condes, que el día 11 del mes de Febrero se elevaría, ante el respetable público, hácia las regiones etéreas. Llegó por fin el ansiado momento de *volar sin alas*, y, en efecto, M. Arban, vestido *ad hoc*, con su paraguas y un telescopio por añadidura, se preparó á subir en su globo *Bucentauro*, que ya hacia largo rato se balanceaba ante las atónitas é insistentes miradas de un numeroso pueblo.

Mas héte aquí que de pronto rompe las apretadas filas de los curiosos un hombre alto y seco, adherido á dos tremebundas patillas rubias, vestido con un traje ligero y sencillísimo, cubierta la cabeza con una gorra escocesa, y una voluminosa manta de viaje puesta á guisa de banda. Mis lectores habrán adivinado de la primer ojeada á qué país pertenecía este individuo. Su patria, la nebulosa Albion; su nombre, Petters Kirgh; su profesión *touriste* á cal y canto.

Llega mister Kirgh ante M. Arban, y sostiene con él un vivo y animado diálogo: M. Arban, no se dá por vencido, é intenta con toda su dialéctica disuadir al atrevido *gentleman*... y el público, algo impa-

ciente y curioso en demasía, pide á gritos la solución de aquel enigma en figura de inglés.

M. Arban hace una seña con su pañuelo, demandando atención: y acto continuo exclama con voz de *Stentor*:

—El señor pretende subir conmigo. ¿Sube, ó no sube?

—¡Que suba! ¡Que no suba! Y entre risas, aplausos y silbidos, se decide la mayoría en favor del aventurero *naula*...

### II.

Ha pasado un cuarto de hora, y el *Bucentauro* concluye por perderse entre las nubes.

Sigamos nosotros á los viajeros, ó mejor dicho, trasladémonos junto á ellos, para mayor comodidad de nuestro relato.

Una vez ya en el espacio, desde cuya altura parecía la tierra del tamaño de una oblea, sacó mister Kirgh del bolsillo un número del *Times*, y, con toda la flema de su raza, se lo puso delante de los ojos, sin que durante la lectura se alterase en lo más mínimo una sola línea de su rostro. Y eso que aquel número del *Times* traía, entre otras noticias, la quiebra de dos ó tres Bancos, un cambio de ministerio, diez naufragios horribles en el Canal de la Mancha, y un incendio mayúsculo en los Docks de Londres.

Entre tanto, el globo subía... subía... y M. Arban se olvidaba de hacer jugar la válvula, fascinado por aquel ente, que impávido y mudo, y en la más completa indiferencia, parecía hallarse, no á cien mil piés sobre la tierra, sino muellemente arrellenado en un sillón del *Echiquier-Club*.

Por fin, el atrevido aeronauta dominó la fascinación que le embargaba, y se atrevió á preguntar:

—Mister, ¿cuál es vuestro intento?

El inglés permanecía mudo.

—Decidme, insistió M. Arban: ¿qué os proponéis hacer por los aires?

Kirgh, no desplegabá los labios.

Por fin, Arban, soltando una ruda interjección, exclama desesperado:

—Si no habláis, abro la válvula, y...

Antes que concluyeran estas palabras de resonar en el ámbito frágil del globo, sacó Kirgh del bolsillo un legítimo revolver de Cott, y sin decir oste ni moste disparó sobre el *Bucentauro* seis tiros consecutivos, que abrieron en la techumbre otros tantos respiraderos... El aire, introduciéndose por aquellas improvisadas ventanas, comenzó á hacer juguete de sus iras al globo, y un terrible descenso precipitaba á este, á razón de ocho nudos por minuto... De pronto el gas que alimentaba al *Bucentauro* estalló como una bomba, y hechos pavesas, globo y viajeros fueron á encontrar su sepultura en las turbulentas aguas del Océano.

### EPÍLOGO.

Mister Kirgh, era, según se ha sabido posteriormente, declarado enemigo de M. Arban, á consecuencia de haberle negado éste, hacia la friolera de veinticinco años, lumbre para encender el cigarro en una carrera de caballos del Bosque de Boulogne.

¡Después de esto, fíese V. de los ingleses!

P. F. Reymundo.

## NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

### G.

*Galimatías*. Un mal,—que cunde por malas artes,—en telegráficos partes,—y hasta en el lenguaje usual.—Habla que emplea el gallego—que un baño de Madrid toma,—y que no es lengua ni idioma;—más tiene mucho de griego.

*Ganga*. Tener un serrallo,—cuatro hijos que mantener,—parientes, primo, mujer,—y otras cosas que me callo.—Ser empleado del gobierno,—haber



Recepcion oficial en el patio de las Tullerias.

FELIX THORICMY

nacido en dos piés,—sufrir crisis, y despues—casarse é ir al infierno.

*Ganzúa.* Cualquier puerta—abre con ella el rate-ro,—ménos la del Saladero,—que siempre la tiene abierta.

*Garbanzo.* Lo principal—del cocido nacional,—y que se debe vender—diciendo «para comer—barato, mucho y muy mal.»

*Gasa.* Enseña mortuoria,—emblema triste del luto,—con que se paga tributo—de algun muerto á la memoria.—Escandaloso pregon—que tiene al pié este letrero:—llevo luto en el sombrero;—pero no en el corazon.

*Gato.* En un drama leí—esta frase que os diré:—«Si buena vida osquité—buena sepultura os dí.»—Tú oh gato, en mucho remedas—al tal, pues lleno te pones,—cuando vivo de ratones,—cuando muerto de monedas.

*Gemelos.* Que son infiero,—objetos de gran valer,—que dá gratis la mujer,—y vende caro el platero.

*Gente.* Colectividad—de ambicion, error, falsía,—vicio, dolor, osadía,—crímen é imbecilidad.

*Gimnasia.* Ejercicio noble,—que á quien lo tiene por vicio,—vuelve más tonto que Picio,—pero más fuerte que un roble.

*Globulillo.* Un perdigon,—que si Cervantes viviera,—de fijo lo definiera,—razon de la sinrazon.

*Gloria.* Quimérico nombre,—delirio del pensamiento,—ilusion, fantasma, viento,—eterna vida del hombre.—¡Cuántos sufren mil disgustos—por renacer en la historia,—é ignoran que no hay más gloria,—que la gloria de los justos!

*Gota.* Si alegrarnos suele,—otras veces nos asusta,—pues en los lábios nos gusta—lo que en las pier-nas nos duele.

*Grano.* Excrecencia en la cara—y producto de la tierra:—el primero se persigue,—el segundo se venera.

*Guerra.* Cruel aberracion—del presente y del pasado;—la estúpida aplicacion—del acaso y la ambicion—á la suerte de un Estado.

*Guía.* Quien con amor tierno—alecciona al que vá en pós:—conozco en el mundo á dos;—el mal que lleva al infierno,—y el bien que conduce á Dios.

*Guisado.* Forma perfecta—que tiene á veces la caza,—por la cual ninguna liebre—al cazador se le escapa.

*Guitarra.* Cuna le ha dado—España, y la Europa luego—como suya ha propagado;—hoy dia, á ser ha llegado—la compañera del ciego.

*Gusano.* Un ínfimo ser—de la familia animal,—que matamos sin querer—con un pisoton casual.—Cuando con orgullo nécio—la forma humana retra-ta—calumniándola, le mata—el pisoton del desprecio.

*Gusto.* Corporal sentido,—que fijo en el paladar,—nada permite pasar,—que no le haya contenido;—pero es ya tan bonachon,—y de tan fácil despacho,—que tolera hasta el gazpacho,—como si fuera jamon.

(Se continuará.)  
M. Ossorio Bernard.

## ANA LA LIEBRE,

POR  
TORCUATO TÁRRAGO.

(Continuacion.)

VII.

Lasciate ogni speranza.

Desde aquel dia Ana y Rafael se amaron, es decir, se idolatrarón. Desde aquel dia principiaron á cantar ese sagrado idilio del amor, elevado por dos co-

razones á la esfera de lo infinito, para confundirse en un solo sentimiento, en una sola esperanza.

Ellos se amaron como se ama en la primavera de la vida, como pueden amarse dos séres que se encuentran por vez primera en un nuevo paraíso.

Todos los que han llegado á la edad de quince años, saben cómo es el amor que se experimenta en esta edad; es una cosa que se parece á una flor; es un perfume que se reconcentra en sí mismo; es un sueño que toma la forma de una nube de oro, ó mejor dicho, es una nube que se amolda á las formas de un sueño.

Ana y Rafael experimentaron todo esto y mucho más. Estos amores primeros, se conciben pero no se explican, hasta que los años les dán un carácter firme ó deleznable.

Todo son suspiros, miradas, opresiones de corazon, escasez de palabras, castillos en el aire, delirios y algo más todavía. Los ojos azules se ponen lánguidos; los ojos negros se llenan de una luz más intensa; los hombres se ponen amarillos, las mujeres de color de rosa, hasta que terminan, ó por un matrimonio, que, á fuer de ser deseado y apetecido se hace eminentemente prosáico, ó por un rompimiento, que separa para siempre aquellas dos estrellas, que parecían confundir sus rayos en un abismo de suprema felicidad.

Rafael y Ana estaban en el primer período, y por eso fueron felices entre aquellas flores y aquellos perfumes que brotaron de sus corazones. ¿Siguió Rafael pensando en el Perrone, ó sea el indigesto autor de teología, que por complacer á su familia tenia que hojear todos los dias? ¿Siguió Ana corriendo y saltando entre sus compañeras para reconquistar cada vez más el sobrenombre de *la liebre*?

Difficil es contestar á estas dos preguntas. En cuanto á Rafael, tenia siempre el Perrone en las manos, pero ignoramos si en él fijaba los ojos; en cuanto á Ana, sabemos únicamente que tenia azogue en los piés, pero era para descender á cierta reja que comunicaba á la calle por las tapias del huerto.

Así trascurrieron unos cuantos años, hasta el dia en que, por desdicha de Rafael y Ana, tuvo el primero que jugar la suerte de soldado.

Ya hemos dicho en el primer capítulo de nuestra narracion que el dia de la quinta era el primer domingo del mes de Abril, domingo de Pascua de Resurreccion.

Tambien hemos dicho que la primera cédula que salió fué la del pobre Rafael, con el número seis.

Nuestro jóven no tenia tacha alguna que estuviera conforme con el cuadro de exenciones de la ley de quintas. Sus padres tenian lo necesario para vivir, pero no lo suficiente para librarlo; su tío el beneficiado apenas podia pasar con la escasa renta y pequeños derechos de la parroquia; por consecuencia, Rafael era ni más ni ménos un futuro soldado, que si Dios no lo remediaba.

Cuando nuestro jóven oyó el terrible número que cambiaba en un instante su condicion social, su vida, su destino y su porvenir, hizo un gesto casi inexplicable; se quedó blanco como la cera, á pesar de ser moreno; miró á sus amigos, se despidió de ellos y se marchó silenciosamente á su casa.

Su madre lo adivinó todo, y se abrazó á su hijo sin lanzar un gemido, sin pronunciar una palabra. Poco despues entraron el beneficiado y el padre del jóven, se sentaron con calma siniestra, y así permanecieron todos por espacio de una hora, mudos, llenos de estupor y asombrados, como si un rayo invisible los hubiese confundido.

El sacerdote fué el primero que tomó la palabra.

—¡Loado sea siempre el nombre de Dios! Lo ha hecho quien puede, y debemos doblar la cabeza con resignacion cristiana. La vida tiene sus grandes contratiempos, y los contratiempos son la piedra de toque del corazon humano. Reflexionemos con calma; miremos las cosas bajo el aspecto de la realidad, y veamos lo que es posible hacer en el triste extremo en que nos encontramos.

Detúvose el beneficiado, como si le asustasen sus propias palabras, y prosiguió el anterior silencio.

De pronto se interrumpió éste con una exclamacion suprema de aquella madre que tanto amaba á su hijo.

—¡Oh, Dios mio! ¿y qué vamos á hacer?

Miró á su esposo con una atonia profunda, y se encogió de hombros.

Esta prosiguió de nuevo, dirigiéndose al beneficiado:

—Lo venderemos todo, hermano; le prenderemos fuego hasta las sillas de la casa. Yo quiero que no se lleven á mi hijo.

—Lo venderemos todo, replicó el padre como un eco.

—Vender tambien lo que yo tengo, replicó el sacerdote.

Pero el jóven, objeto de aquel debate, se separó del cariñoso lazo que su madre habia formado con sus brazos en torno de su cuello, y dijo con voz tranquila en la apariencia:

—Jamás consentiré que se venda un hilacho de la casa para libertarme de la suerte que he tenido. Vds., padres míos, son pobres; apenas tienen para vivir; la labor está mala, las tierras que labramos no son nuestras, están á renta; nuestra única propiedad es esta casa, herencia sagrada que viene de nuestros abuelos; yo soy jóven, y puedo luchar con el porvenir; es decir que si no soy clérigo, seré soldado, y ¿quién sabe despues?

Al concluir estas palabras, llenas de verdades dolorosas, la madre de Rafael volvió á abrazarse á su hijo, como si le arrancasen el alma en aquel momento. El beneficiado no dijo una palabra; se levantó y salió á la calle.

Despues se supo que vió á varias personas, á fin de tomar á réditos la cantidad de seis mil reales, pero todos le cerraron las puertas de la esperanza. Hubo uno, sin embargo, que ofreció dar el dinero, si se mostraba una garantía de diez y ocho mil reales libre de hipotecas, exigiendo un treinta por ciento anual lo que importaba un rédito de mil ochocientos reales. Esta proposicion era una ruina, mejor dicho, un suicidio; el buen sacerdote meditó, echó cuentas, propuso de garantía su casa, aceptó por último el treinta por ciento; pero el usurero, creyendo benignas sus anteriores proposiciones, dijo que el capital prestado merecia mayor interés y que no podia facilitarle sino á un cincuenta por ciento.

D. Anselmo bajó la cabeza, no dijo una palabra, y se marchó con el alma contristada, no tanto de que su sobrino fuera soldado, sino de que hubiera hombres tan sin corazon y sin conciencia que se atreviesen á robar de tal modo, protegidos, escudados y hasta patrocinados por la ley.

Veinte dias despues de estas escenas fué el juicio de exenciones. El gobierno tenia prisa de que ingresára en el ejército el cupo actual, y la cosa iba todo lo más deprisa que podia.

Rafael quedó declarado soldado.

El pobre jóven dobló la cabeza ante semejante suceso, y se resignó de nuevo á cuanto pudiera depararle el porvenir.

Se acababa de perder la última esperanza. Sus padres no tenian dinero para librarlo: su tío lo habia buscado por todas dartes, sin encontrarlo: el consejo provincial llamaba á los quintos ocho dias despues del juicio de exenciones; no habia, pues, otro remedio sino resignarse.

Aquellos ocho dias últimos de felicidad doméstica fueron un relámpago.

El dolor ahogaba las palabras.

## JÓVEN VENECIANA.

El lápiz de M. Schwiter ha caracterizado admirablemente el tipo de la jóven de la clase media en Venecia.

Abundantes cabellos negros como el ébano; el pe-

queño chal rojo, verdaderamente tradicional de las venecianas; la cadena de oro al cuello, mucha gracia y una sonrisa encantadora, son los caracteres distintivos del tipo que presentamos á nuestros lectores.

EL LAGO DE ENGHEN.

Uno de los paseos más deliciosos de París es el en que se encuentra el pintoresco lago, que ha recibido el nombre de Lago de Enghien.

El dibujo verdaderamente notable que presentamos á nuestros lectores, es obra de M. Rion, ventajosamente conocido por sus ilustraciones en las *Canciones* de Béranger y *Los Miserables*.

RECEPCION OFICIAL EN EL PALACIO DE LAS TULLERIAS.

El inmenso grabado que nuestros lectores tienen á la vista, representa la recepcion oficial que tuvo lugar el dia 1.º de año en el palacio de las Tullerías. Como todas las que allí se verifican, ha sido verdaderamente magnífica, asistiendo á ella infinidad de personajes notables y de aristocráticas damas.

REVISTA DEL EXTRANJERO.

RESUMEN.—Ley de imprenta y crisis en Francia.—Fenianos.—Estados-Unidos é Inglaterra.—Expedicion francesa á Roma.—Alemania y Rusia.—Serenata á Rossini.—La pintura en Francia y España.—Príncipes y actrices.

Cuando en el campo de la política extranjera hay carencia de hechos que mencionar, difundir y comentar, es cuando más exceso hay de rumores, que también se comentan y se difunden, dándoles tanta ó más importancia que á los acontecimientos realizados; y esto consiste en que los hombres, con particularidad los que de política se ocupan, son aficionadísimo á todo lo misterioso y vago, á todo lo que la imaginación puede dar proporciones abultadas, y de lo que es posible deducir consecuencias más ó menos conformes á la opinion de los noticieros.

La última semana ha sido fecunda en hechos, y ha tenido que serlo consiguientemente en rumores y suposiciones.

En Francia continúa discutiéndose por el Cuerpo legislativo el proyecto de ley de imprenta, habiendo ya tomado parte en la discusion, con toda la vehemencia que les caracteriza, los diputados más notables de la oposicion, MM. Thiers, J. Favre, Pelletan y otros distinguidos oradores. Háse decidido, por una mayoría de 199 votos, que no haya jurado para los delitos de imprenta.

Con esta importante discusion, han coincidido los rumores, que nos ha transmitido el telégrafo, de modificaciones en el gabinete francés en sentido liberal. Ya vuelan por los círculos políticos de Europa algunos nombres, que nosotros no mencionaremos aquí, en tanto que el rumor no se reduzca á hecho consumado.

La agitacion feniana sigue tomando proporciones en Inglaterra. Parecía estos últimos tiempos que los fenianos se habian apaciguado; pero nada más que eso. La ciudad de Corek, en Irlanda, que parece ser el centro de operaciones de los fenianos, ha presenciado últimamente un nuevo motin, que ha durado algunas horas, apaciguándose, por fortuna. Dícese que en la primavera próxima tomará la insurreccion feniana mayores proporciones.

Los Estados-Unidos han pedido explicaciones á Inglaterra, sobre el arresto de los súbditos norteamericanos Lynch y Mac-Mahon, complicados en la insurreccion feniana. Con este motivo, y con el de la cuestion del *Alabama*, puede decirse que no son muy cordiales hoy las relaciones entre ambos países.

Ya han llegado al puerto de Civitta-Vecchia algunos buques de la marina de guerra de Francia, con objeto de trasladar parte de la expedicion francesa. El resto, segun unos, no saldrá hasta que se concluya entre Francia é Italia el tratado que ha de sustituir al de 15 de Setiembre de 1864, hoy caducado ya; y segun otros, hasta que se verifique el enlace del príncipe Humberto, que recibirá esta demostracion del emperador de los franceses como regalo de boda.

De Alemania y Rusia tenemos noticias que no carecen de interés. El Reichsrath (Consejo de Estado) austriaco, está discutiendo la ley de instruccion primaria, que, segun parece, está concebida con un espíritu bastante liberal. De Prusia dicen que M. de Bismarck piensa dar alguna tregua á los negocios, descansando en el campo por algun tiempo. En Rusia continúan con ardor los armamentos, y en vista de ellos, se teme que vuelva á surgir la célebre é importantísima cuestion de Oriente.

A pesar de la eleccion de Juárez para presidente de la república mejicana, siguen en aquel desgracia-

do país las turbulencias y agitaciones. Ahora parece que ha comenzado en la Sonora una insurreccion, que no dejará de dar que hacer al nuevo gobierno de Méjico.

Bien decíamos en nuestra última revista, que el influjo de las ideas europeas se dejaba ya sentir en China y el Japon; con sumo gusto hemos sabido que el gobierno japonés acaba de enviar su primer agente consular á San Francisco de California, punto con el que tienen las costas orientales de Asia importantes relaciones mercantiles. De este hecho se deduce evidentemente que los japoneses desean salir del aislamiento en que por tantos años han vivido, entrando á formar parte del concierto universal en las ideas y prácticas de civilizacion y cultura.

\*\*

No há muchos dias que ante una casa de la calle de la Paz, en París, resonaban los armoniosos acantos de la orquesta del teatro de la Opera. Multitud de curiosos habian acudido á escuchar las escogidas piezas que allí se tocaban, en honor de uno de los géneos que la melodía ha hecho brotar en nuestra época, en honor del gran Rossini.

Tratábase de felicitar al siempre inspirado maestro, por la 500.ª representacion en París de su obra maestra, el tipo de la música dramática, el *Guillermo Tell*; y esta ovacion, tributada al sublime artista, llevó á la calle de la Paz la mayor parte de los apasionados de Rossini. Nosotros, que somos también admiradores suyos, le felicitamos también desde nuestro humilde puesto.

Desde hace algun tiempo, se están verificando en París ventas de cuadros de los mejores maestros; ahora es el príncipe Napoleon quien se desprende de los lienzos que adornaban sus salones; entre estos lienzos los hay, segun parece, de mérito incontestable, y que se venderán á buenos precios indudablemente.

Cuando hay quien venda, casi inútil es decir que hay quien compre; estos son los ingleses, gente de dinero y aficionados al divino arte de Rafael y de Murillo, que pagan los lienzos antiguos y modernos como deben pagarse.

Hemos dicho que el haber vendedores supone la existencia de compradores, y ahora caemos en la cuenta de que esta, que parece una verdad, no lo es, ni con mucho.

En España se cuentan muchas personas que poseen cuadros y algunas que los hacen, y ni unas ni otras pueden dar salida á lo que poseen ó producen. Asombra que, habiendo particulares que tienen medios de proteger el arte y los artistas, se hallen estos sin más proteccion que la oficial, que no puede bastar á todo. Deseamos que luzcan mejores dias para el arte en la patria de Velazquez y Murillo.

No andaba muy descaminado Rossini al aconsejar á la Patti que no diera su mano más que á un tenor ó á un príncipe. Ahora se ha puesto esto en moda, y el último ejemplo de ello es el enlace que se acaba de verificar entre el archiduque austriaco Enrique y la actriz señorita Hoffman. Nosotros deseáramos, sin embargo, que la Patti siguiera desposada con el arte, para tener así el placer de oírle de nuevo en Madrid, en el punto donde nació, y donde, por consiguiente, se oyó por vez primera el acento de la sublime *diva*.

A. Avilés.

REVISTA DE MADRID.

Parece imposible que las cifras que marcan el movimiento de la poblacion en Madrid durante el año de 1867 sean exactas. Muy duro es de creer que en dicho período los nacimientos sólo se hayan elevado al número de 12,168, mientras que las defunciones llegaron á 12,500.

Y no es que nosotros dudemos de la precision de los datos estadísticos reunidos, comprobados y agrupados, en fin, para producir aquella suma.

Todo menos que eso: nos deja absortos la exigüidad de la cifra, porque, á juzgar por nuestra cuenta, segun lo que diariamente vemos y observamos, Madrid es un pueblo de niños: más ó menos grandes, pero niños siempre.

Cómo, si no es así, tal cual nos lo hemos figurado, se explica prudentemente, que cuando ya que no el pan, *su precio*, se esponja y crece como la mala yerba; cuando se conoce el precario estado de una y otra provincia; cuando por todos los síntomas se revela clara y patentemente la poco satisfactoria situacion en que nos hallamos; cuando todo esto ocurre, repetimos, cómo se explica, si no creyendo lo que dejamos dicho, que Madrid entero se ocupó en la *cuestion romana* ayer, en la de *Oriente* luego, en la

*universal* más tarde, y por último, hoy en llenar con singular paciencia las respuestas correspondientes á las preguntas que contiene el llamado *Album de confesiones*?

Confesemos, pues, que somos niños, y nos tendrá más cuenta que negarlo. En otro caso, el entretenimiento podría merecer otro nombre.

Aparte de ello, es el caso que Madrid se divierte, baila, goza, no vá al teatro, no lee, no trabaja, y somos felices, *tutti contenti*, y arriba con él.

\*\*

A propósito de entretenimientos, hemos recordado otro que ha preocupado seriamente en estos últimos dias á cierta clase de nuestra sociedad.

Los diarios todos anunciaron, no há mucho tiempo, que el señor duque de Sexto parecía dispuesto á estrechar el vinculo como quien dice.

Primer momento de estupefaccion:—¿Conque piensa en eso el duque? ¡Vaya, vaya!

Ocho dias trascurridos, nueva noticia: «Estamos seguros de que se casa el señor duque de Sexto.»

—¡Diantre! ¿Conque vá de veras? ¡Hombre, hombre!...

Pasan otros ocho dias, y aquí no hay escape. El señor duque de Sexto se casó el dia 8.

Segundo momento de estupefaccion.—¡Con que se casó! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

\*\*

Ahora bien: nosotros no podemos contemplar con indiferencia los trabajos de nuestros prójimos, y no debemos consentir que se afanen, bullan, se agiten, y hasta se encanijen, pensando en aquel acontecimiento.

Sepan, pues, todos, ¡oh maravilla! que el señor duque de Sexto no se ha casado; que se ignora si lo medita; que no ha pedido la licencia; que no se sabe tampoco, y en tal caso, cuándo llegará el idem; que no ha pedido la licencia que la voz pública le habria ya otorgado; que á su respetable familia no le ha participado aún, ni siquiera la intencion que pueda abrigar de llevar á cabo los designios que se le han atribuido como ya consumados.

Esta es la verdad de todo, y nosotros ofrecemos, á cambio del desengaño, tener al corriente al público de tamaño suceso, que, á juzgar por lo que de él se habla, parece que le tiene con algun cuidado.

\*\*

Satisfechos de haber cumplido con esta obra de misericordia, que, por otra parte, es, como si dijéramos, *dar de beber al hambriento*, terminaremos anunciando que en los próximos bailes de máscara en el teatro Real, veremos una grandiosa escalinata con nueve decoraciones, que figuran un jardin oriental, y además unos transparentes. A decir verdad, transparentes hemos de estarlo muchos, tiempo andando.

Sin embargo, y por si no llega el caso, que de menos nos hizo Dios, y bien pudiera ser que me equivocára, divirtámonos, y luego, como dijo el otro: ¡Que vengan penas!

E. de Inza.

AL SANTO REINO.

POESÍA.

¡Magnífico panorama!...  
¡Cuánta vida! ¡Cuánta luz!  
Espléndido el sol derrama  
su pura y perenne llama  
sobre el alto Jabalcuz.

Y se desprende á torrentes,  
dorados, resplandecientes,  
por las espirales riscas  
y las almenas moriscas  
que al éter alzan sus frentes.

Y en su base cenicienta,  
y en la ciudad que está al pié,  
dó la catedral se asienta  
que de Dios la cara ostenta,  
la luz reflejar se vé.

Y á otras luces se eslabona  
en dilatado horizonte,  
que semeja una corona,  
con glorias en cada monte,  
tesoros en cada zona.

E irradia en la eterna nieve  
de la gran Sierra-Nevada,  
la pirámide encantada  
á cuya orilla se mueve  
la bella oriental Granada.

La de Alhambra y el Genil,  
el Generalife y Darro:  
la del mágico pensil;  
la metrópoli gentil,  
joya del moro bizarro.

Hacia la banda oriental,  
y como aurífera borla  
de rico manto imperial,  
cabe un inmenso breñal  
ufana brilla Cazorla.

En medio, en loma oleosa,  
lucen sin igual belleza,  
feracidad portentosa,  
las gemelas de la diosa  
Céres, Úbeda y Baeza.

Y es muy de ver la hermosura  
de tanto cerro escarpado,  
y tanto pino en la altura  
de ese gigante atezado  
de la Sierra de Segura.

Si allí la luz palidece,  
tampoco por eso apena,  
que el claro-oscuro que ofrece,  
place como el que aparece  
también en Sierra-Morena.

Prestigiosa, indefnible,  
por confusa lontananza  
como larga sombra avanza,  
y entre la brisa apacible  
hacia Córdoba se lanza,

Allí está la Carolina  
con vistosos capellares  
de jardines y olivares,  
que entre montes se reclina  
como Venecia en los mares.

Junto á esa ciudad preciosa,  
una gloria esplendorosa  
hay como no hay otra alguna;  
del cristiano la fortuna  
en las Navas de Tolosa.

La enseña del tigre cruel  
presa fué del leon bravo,  
y de Mahomad el infiel  
sirvió el lujoso alquicel  
de alfombra á Alfonso el octavo.

A las águilas de Jena  
humilla Bailen y atruena;  
rindiéndose en el Dupont,  
preparó á Napoleon  
la tumba de Santa Elena.

Vilches, que al fin vé brillar  
dos maravillas al par (1),  
muestra con respeto santo,  
la férrea cruz que el espanto  
sembró en los hijos de Agar.

Etna-Toraf, la cabeza  
que engalanan negros muros,  
aún enhiesta con braveza,  
y guarda fueros y juros  
que atestiguan su nobleza.

A pesar de las incurias,  
y de los tiempos las furias,  
aún enseña torres, glácis,  
Salaria, que há diez centurias  
muró el wazir Abdalazis.

Cástulo, Iliturgi... ruinas  
en los confines humberos,  
inscripciones peregrinas  
en sus murallas y fosos  
muestran godas y latinas

Cual fantasma ensangrentado,  
ceñudo, fiero, irritado,  
se alza de Martos la peña

que por treinta días sueña  
don Fernando el Emplazado.

Oásis de bienandanza  
del *Santo Reino* es la tierra;  
fé, caridad, esperanza,  
la paz, el bien, la bonanza,  
como un paraíso encierra.

¡Cuál rizan sus mieses blondas  
los céfros voladores!  
¡Cuánta adelfa y cuántas flores  
acariciando las ondas  
de sus rios bullidores!

Tan puro como el zafir,  
tan oscuro cual la mar,  
ván con igual susurrar  
el claro Guadalquivir,  
y el turbio Guadalimar.

Canta glorias de Jaen  
en rielante y dulce son,  
engalanada la sien  
de hespérides del eden,  
límpido el Guadalbullon.

Y pueblos, rios, ciudades,  
castillos, valles, cabañas,  
con melodías extrañas,  
evocan áureas edades  
de zambras, lides y cañas.

Y en sus trovas, van del moro  
el dominio recordando,  
y en almo arpegio sonoro,  
de ángeles modula un coro  
hazañas de San Fernando,

¡Esplendente panorama!...  
¡Más que extraña es tanta luz,  
si al par que el sol la derrama,  
se alza en su centro la llama  
del Sol que murió en la Cruz...

D. Martínez.

Editor responsable, D. Agustín Llop.

MADRID: 1868.

Establec. tipógr. de **Los Sucesos**, á c. de R. Berenguillo,  
Torres, 4 duplicado.

(1) El ferro-carril y el telégrafo. Se escribió el año 1863.

#### ALREDEDORES DE PARIS.



El lago de Enghien.